

JOSÉ ISAACSON: POETA, FILÓSOFO, ENSAYISTA

Marina Martín

College of St. Benedict / St. John's University, EE.UU.

A Juan Miguel Palacios, en agradecimiento

Sobre el papel dejó una mínima señal,
apenas un vaivén.
Isaacson, *Canciones*

No abandonaré la pregunta.
Con ella recrearé
los ríos
que limitaban el Jardín,
dibujaré
las oscilaciones de sus árboles,
sus múltiples aromas
respiraré,
y pregunta a pregunta
trasformaré
el Exilio en un Retorno.
Isaacson, *Poemas del conocer*

Cabe suponer con legitimidad que José Isaacson (Buenos Aires, 1922) es hoy en día uno de los escritores más notables del mundo hispano. Y cabe atribuir un alcance internacional a su obra, encomiable por la profundidad de su visión humanística. Un giro hacia la metafísica y un interés afincado en la estética se evidencia en sus escritos que, junto a la intensidad evocativa de sus imágenes, realza el calibre intelectual y el vuelo poético de su producción. Valga aquí una visión necesariamente somera de su obra.¹

El enigma del tiempo, o la búsqueda de una justificación de la existencia, orienta la obra de Isaacson con paso firme y recurrente. Es tema central en *El pasajero*, poemario con tono elegíaco publicado tras la muerte de su padre, en 1969, y reaparece en la primera edición de *Poemas del conocer* (1984). Bien sea por medio de la versificación libre o de la prosa evocativa, la metáfora activa en el texto retos, conjeturas y perplejidades en torno a la identidad de la *persona*, clave cifrada en la naturaleza paradójica del tiempo y, por tanto, de la existencia.

Desde la madurez de sus poemarios iniciales, como son *Las canciones de Ele-i* (1952) y *El metal y la voz* (1956), a la singular poetización de un tratado de metafísica, como es *Cuaderno Spinoza* (1977); desde la visión filosófica y mítica de *Poemas del conocer* (1984) a la evocación bíblica de *Plegarias* (1996), o a la honda desnudez e intimidad de *Canciones* (1999), por ejemplo, la poesía de Isaacson se abandona, libre de ornamentos y escuelas literarias, al fluir de un verso profundo. Cabe decir otro tanto de su prosa. Los ensayos sobre Kafka –inspiración fundamental en su vida, sin olvidar a Spinoza y a Martin Buber– están marcados por un hondo lirismo donde la reflexión filosófica, tanto en su vertiente epistemológica como en la existencial, evoca mitos bíblicos. En *La realidad metafísica de Franz Kafka* (2005), una de sus obras más brillantes y uno de los estudios sobre Kafka más penetrantes e imprescindibles, comenta Isaacson que para el escritor checo escribir fue

¹ Para una exploración monográfica, véase *José Isaacson y la poética del encuentro* de Marina Martín.

“simultáneamente, buscarle y encontrarle un sentido a la vida”, conjugando –sin identificar en la *escritura*– “la poesía, la plegaria y la religión” (101). José Isaacson abandera plenamente tal postura creyendo, con Kafka, que el poeta se ve forzado a elevar las cosas “al reino de la verdad, de la pureza, de la duración” (101). En este sentido las afinidades con la estética del romanticismo alemán prometen ricas exploraciones.

El calibre intelectual de Isaacson merece ser tratado ampliamente. La crítica establece, no sin razón, un vínculo con Borges ya que los dos comparten una firme inclinación hacia la filosofía (Running: 11).² Común a estos dos escritores es también el gran caudal de saberes humanísticos que desprenden sus textos, pues el eje metafísico sobre el que giran sus obras despliega en ambos una erudición fuera de lo corriente. Con frecuencia, su escritura cede a una red de voces que apelan a otras voces y a otros ecos, circunstancia muy notable –como sabemos– en el autor de la gran fábula “La Biblioteca de Babel”. Si en Borges esta circunstancia evocativa se cumple de manera sutil e impactante por su creatividad, en Isaacson rinde servicio a la elegancia intuitiva.³

Según indica Beatriz Curia, a la hondura filosófica y a la vasta producción literaria de Isaacson habría que añadir la propuesta de un *nuevo* humanismo, de una actitud vital que posibilita una llamada al rescate y a la desalienación.⁴ Tal perspectiva nos invita a una propuesta que excede el plano literario ya que plantea un sentido a la praxis de nuestro tiempo. Obras como *El poeta en la sociedad de masas* (1969), o *La revolución de la persona* (1980), por ejemplo, formulan una dialéctica de la existencia enraizada en la relación Yo-Tú. Se apunta de esta manera, con Martin Buber, hacia un horizonte utópico, que para Isaacson resulta ser tan imposible como necesario.

La paradoja brinda en Isaacson un espejo ineludible donde la lectura se acerca nuevamente al universo kafkiano. Su ensayística, ya siga un enfoque literario, monográfico, o social, revela la labor de un poeta que, abandonado a su rumbo, surca caminos llenos de intereses interdisciplinarios. Bien sea adentrándose en la filosofía, en la literatura, o en la crítica social, la aportación humanística de Isaacson se destaca por su amplitud. En ocasiones, como muestran sus ensayos sobre Kafka, el tratamiento indirecto del tiempo deja entrever la sombra de Sísifo. Aquí, el latido de una escritura esencialmente poética une el mito con la historia. El análisis de la fábula kafkiana y sus premoniciones, así como el sentido y la justificación de la escritura, frecuentan su obra, estableciendo un sutil diálogo intertextual que hermana la reflexión filosófica con la evocación bíblica. Dicha tendencia, notable en *Plegarias*, o en *Poemas del conocer*, caracteriza sus ensayos sobre Kafka.⁵ En todos ellos el tratamiento, implícito o explícito, del tiempo desemboca en la intuición poética de la paradoja y sus abismos.

² Thorpe Running –buen conocedor de la obra de estos dos escritores, como muestran sus publicaciones– reúne en *José Isaacson: poeta crítico* una colección de ensayos fundamental para quienes deseen bucear en la obra de este escritor. Deseo constatar aquí mi agradecimiento hacia Thorpe Running por haberme invitado a trabajar sobre la obra de Isaacson, poniéndome también en contacto con él, y facilitando a lo largo de los años una gran amistad y una admiración creciente.

³ En “Para mi lector”, nota preliminar de la primera edición de *Poemas del conocer* (1984), Isaacson mismo hace referencia, no sin humor, al carácter intertextual de esta obra: “Aunque asumo la responsabilidad de este libro, su texto admite muchos cómplices. Algunos quedan denunciados en las páginas que preceden a los poemas; otros están implícitos tanto en las alusiones como en las elusiones que mencionan o callan mis versos”.

⁴ Consultar la “Introducción” de Curia en la edición bilingüe de *Poemas del conocer. Poèmes de la connaissance* (2004), a cargo de Paul Verdevoye, fallecido hispanista de la Universidad de la Sorbona y fiel amigo de José Isaacson. Dentro de la crítica literaria, Beatriz Curia se destaca por el profundo conocimiento de la obra de su esposo, José Isaacson, y por la dedicación que ha ofrecido a todos los investigadores interesados en explorar dicha obra.

⁵ La profunda fascinación de Isaacson por Kafka se refleja en sus escritos de manera creativa y estimulante. Tal interés no solo rebasa el diálogo intertextual de sus poemarios, sino que además se materializa en estudios, como *Kafka, la imposibilidad como proyecto* (1974), *Introducción a los Diarios de Kafka. La escritura como dialéctica de los límites* (1977) y, como compendio de los anteriores, *La realidad metafísica de Franz Kafka* (2005).

El texto isaacsoniano presenta la oscilación de un péndulo que, de manera sucesiva, señala tanto los parajes de Kafka como los de Buber. Fácil es detectar en su trayectoria una idea central que, en el ámbito de las relaciones y del lenguaje, se identifica con la utopía –una utopía que nos visita; nos acecha; y nos llama, siendo del todo inalcanzable–.

Si, como se declara en *Poemas del conocer*, “todo punto de partida –epistemológico o existencial– “es ilusorio” y “todo punto de llegada / no es más / que una propuesta indeseable”, ¿qué sentido tiene la utopía? (1984: 3-4). Isaacson alude a un progreso que, irónicamente, se ve destinado a buscar *refugio* en la *intemperie*. La unión, conflictiva y recurrente, de estas dos metáforas afinca su poética en la desnudez de la pregunta –espejo y morada del exilio; del tiempo–. Es precisamente este marco conceptual el que sella y abre la colección *Poemas del conocer*:

Soy el que pregunta
el que seguirá preguntando
cuando queden extenuadas
todas las palabras.
Y aunque todos acepten
mansamente
lo que el Orden ofrece,
seguiré preguntando.
Probaré
que es posible
comenzar de nuevo.

Nunca pude olvidar
el Jardín.
En su lugar
sólo obtuve la expulsión
y la pregunta.
Por eso la esgrimo
como una lanza,
por eso la cuido
como una llave (“La pregunta destruye al Jardín”: 4-7).

El cuestionamiento modela el rostro humano en el descubrimiento y en la creación; en la búsqueda de un saber latente, hundido en la memoria de una pérdida:

No puedo olvidar la añoranza;
y toda mi historia
no es más
que la historia de esa añoranza (7).

Afincada en la entraña de la metafísica, y en el mito bíblico, la obra de José Isaacson lleva a cabo un recorrido donde la metáfora se abre al *encuentro*, visión en última instancia de un horizonte utópico que sobrepasa el marco social. Esta coordenada temporal es un punto de incidencia en el que se borran y se afirman las diferencias. El *Yo* y el *Tú* son concebibles dentro de la *relación*. La identidad se ancla en un proceso de encuentros, en tanto que la presencia del *Yo* en el tiempo se fragua en relación con el *Tú*, con el universo, con la sociedad, con el conocimiento mismo y, en definitiva, con la existencia. Son los factores de una relación entendida dentro de un marco idealista. Las preguntas kantianas *qué puedo conocer, qué debo hacer y qué puedo esperar* marcan la trayectoria de una escritura que sigue las pautas de Martín Buber en la teorización del sujeto dialógico.⁶ Puede afirmarse, por ello, que José Isaacson nos invita a adoptar una corriente neohumanista que modela la estructura social desarrollando una estética de la persona. Así lo prueban, entre otros ensayos, *El poeta en la sociedad*

⁶ Al final de su *Kritik der reinen Vernunft*, en “Von dem Ideal des höchsten Guts”, Kant plantea esas tres preguntas: –*Was kann ich wissen? Was soll ich tun? Was darf ich hoffen?* como el punto de encuentro de la vertiente especulativa y de la vertiente ética de la razón. Son preguntas, que, sin embargo, apuntan a un objetivo tan enraizado como imposible de alcanzar (1913: 540-541).

de masas (1969), *La revolución de la persona* (1980), *Antropología literaria: una estética de la persona* (1982), *Teoremas* (2001), y así lo corroboran sus últimas producciones *Filosofía, literatura y etcétera* (2004) y *Para una ontología de la industria cultural* (2008). La lista no acaba aquí. Habría que enfatizar el carismático alcance de sus estudios sobre Kafka, dotados de un latido poético que diluye en su pensar mítico las fronteras de géneros literarios. Ya se trate de su lírica o de su ensayística, la mirada de Isaacson revela invariablemente el cuestionamiento, devolviendo a la poesía su misión epistemológica y estética.

Las reflexiones sobre el arte, entronizadas en la poesía, y el impacto de la deshumanización dominan obras como *El poeta en la sociedad de masas*, *La revolución de la persona* y *Antropología literaria*. En sus estudios sobre Kafka, y en su última producción ensayística, se acecha también la amenaza de un vacío generado por una sociedad de individuos cosificados, sin rostro.

Teniendo en cuenta la progresiva masificación social y la atrofia humanística que conlleva, cabe preguntarse si es posible un eclipse total del arte. Bécquer, en una de las *Rimas* más célebres, niega la extinción de la poesía, incluso cuando el empobrecimiento del canto llega a ser total: “No digáis que, agotado su tesoro, / de asuntos falta enmudeció la lira:/ podrá no haber poetas, / pero siempre habrá poesía” (“Rima IV”). Desde la imborrable huella del mito, tampoco es posible para Isaacson tal extinción. Mientras haya un resquicio de esperanza, habrá poesía. Esta creencia supone el cumplimiento de una misión estética a través de la *póiesis* –i.e., de la actividad creadora como tal, independientemente de los medios de expresión que se apliquen–.

Concebida la poesía en términos de trascendencia, Bécquer la considera, como la belleza que intenta capturar, indestructible, inmortal. El planteamiento de Isaacson toma otro derrotero. Aquí, la postura dialéctica identifica el acto creador con un *encuentro*, espacio de contacto donde inmanencia y trascendencia se convocan simultáneamente. Mientras haya creación y descubrimiento, habrá –según Isaacson– poetas. Y habrá poesía, ya que estos conceptos quedan unidos inseparablemente a través de su lazo semántico. Tanto el interlocutor como el emisor adquieren sentido en un mismo espacio de reciprocidad, de contacto personal. Y es en esta *morada* donde se fragua la creación; cobijo de la palabra y del verso; recinto, en última instancia, del Universo.

En el principio fue la Palabra, el Logos... Sin duda, el primer versículo del Evangelio de Juan ha tenido un eco importante en la filosofía poskantiana. Tampoco es ajeno a Isaacson, y menos a Buber: “*Im Anfang ist die Beziehung*”.⁷ Según su propuesta, el acto creador –reuniendo simultáneamente los conceptos de emisión y recepción– se da en el ámbito de la *relación*, claro punto de incidencia con el idealismo alemán.⁸ Dicho *espacio* puede entenderse también como *morada*, en este caso bajo un matiz místico que, siguiendo las huellas de Maimónides y de Teresa de Ávila, converge en el latido poético de Buber. Llevado este planteamiento a su perspectiva teológica, el arte –la creación como tal– despliega un juego dialéctico basado en la afirmación ontológica del Yo-Tú.

Se deja sentir aquí, por un lado, la tradición del culto al Libro, el pulso del diálogo que el pueblo judío sostiene con su Dios; y por otro, se apela con sutileza al misticismo de una tradición con la que José Isaacson se identifica, devolviendo a la teología –ya sea idealista, judaica, o ya sea una síntesis de las dos– su valor estético.⁹ Buber, Hegel, Maimónides, Spinoza son frecuentes evocaciones en su escritura. De ahí su énfasis en la poesía, caracterizada en su obra como la esencia del arte –sin duda:

⁷ “En el principio es la relación” (1923:25).

⁸ Isaacson aclara dicha tesis en el tercer capítulo de *El poeta en la sociedad de masas*, titulado “Cultura y persona”: “La cultura es siempre el resultado de actividades *personales*, que pueden ser creativas o receptoras. Aunque quizá fuera mejor hablar aquí de emisión y recepción, reservando el concepto de *creación* para ambas actividades (33).

⁹ Es interesante observar este punto de encuentro con Borges, quien, en el Epílogo a *Otras Inquisiciones*, confiesa haber encontrado en sus escritos una tendencia “a estimar las ideas religiosas o filosóficas por su valor estético y aun por lo que encierran de singular y maravilloso. Esto es quizá indicio de un escepticismo esencial” (153).

materia con la que los sueños están hechos—. Por ese motivo, en *Antropología literaria: una estética de la persona* se insiste que la poesía, entendida como toda actividad y expresión de la *póiesis*, lleva necesariamente el sello de la creación: “Lejos de negar la peculiaridad artística de la poesía, afirmamos que es el denominador común de las artes” (157).

El concepto del Origen, donde convergen vertientes teológicas y bíblicas, vibra, por ejemplo, en *Cuaderno Spinoza* (1977) y en *Plegarias* (1996). Esta atalaya teológica se fundamenta en el panteísmo del *Deus sive Natura* –i.e., en la afirmación ontológica de la sustancia en su infinita permanencia y potencialidad– y se vislumbra en la afirmación bíblica del Nombre. El centro de mira es aquí la infinita permanencia del Ser; el Ser que Es eternamente. *El Pasajero*, sin embargo, enfoca su lente en lo transitorio –i.e., en la naturaleza como espectáculo de cambios; de fines y principios; de contingencias–. También se insinúa aquí, hábilmente, que tanto el concepto de *instante* –el tiempo como sucesión– como el de *punto* –la controvertida extensión, o materia, que George Berkeley pulverizó en el pensamiento occidental– comportan un contrasentido.¹⁰ Pero si para Berkeley –y para su sucesor, David Hume– el tiempo es irrefutable, Borges e Isaacson no dudan en descartarlo como ficción. Tiempo y espacio son, por igual, una ilusión en *El Pasajero*; ilusión apresada a lo largo del poemario en la imposible coexistencia de opuestos.

No hay duda de que José Isaacson toma en serio la crítica filosófica que Borges expone en “Nueva refutación el tiempo”. Tampoco debería cuestionarse la afinidad de posturas en este sentido. Lo que interesa observar aquí es, ante todo, el énfasis que Isaacson pone en uno de los planteamientos más latentes e importantes de dicho ensayo, énfasis que, por otro lado, sintoniza con una ida central en su propia obra: la paradoja como asiento del ser. En sus textos, el tiempo entendido como sucesión –i.e., la existencia humana– se afirma y se desvanece en la representación metafórica del sinsentido. Los instantes en el tiempo, o los puntos en el espacio, se convierten en “móviles apoyos” o “inestables equilibrios” (1969: 58).

La imposibilidad de discernir un límite, un *antes* y un *después* –como expone Borges en el memorable ensayo “Nueva refutación del tiempo”– o un *aquí* y un *allí*, basta para desintegrar la serie.¹¹ En definitiva, Aquiles sigue corriendo sin dar alcance a la tortuga en un espacio y en un tiempo que son, por igual, infinitamente divisibles. Las aporías de Zenón otean también el horizonte intelectual de la lírica isaacsoniana.¹² Junto a importantes puntos de encuentro con Borges, cabe observar en este caso, sin embargo, el énfasis que José Isaacson da a la concepción simbólica del tiempo como *Exilio* –Exilio que busca la vuelta al Origen–. Esta idea cobra relevancia en *Poemas del conocer* donde la metafísica se sumerge en las incógnitas del mito.

La palabra, concebida como identidad y morada del ser, afirma interrogando. Si la verdad nos está impedida, la ambigüedad supone, en cambio, la posibilidad de alcanzar niveles tentativos de comprensión. Se avanza en tanto que se aprende a formular preguntas, abriendo puertas que conducen a otras. ¿Cabe, entonces, suponer que las preguntas se duplican en un juego de espejos... sin fin? Para

¹⁰ Véase la Sección 9, *The Principles of Human Knowledge*. En lo que respecta al concepto de materia G. J. Warnock señala en el estudio introductorio de esta obra de Berkeley que, a pesar de ser minúsculo el paso dado por el obispo irlandés en relación con la doctrina de su antecesor, John Locke, abre sin embargo consecuencias de gran importancia: “He was stirred into action primarily by his study of Locke, and in theory his position is most easily understood as the outcome of a very simple, but very far-reaching, amendment to the Lockean view” (11).

¹¹ Ver específicamente la segunda parte de este ilustre ensayo. Borges y José Isaacson coinciden en retratar la vida humana anclada en la paradoja. De ahí el deliberado e irónico contrasentido del título: “Nueva refutación del tiempo”. Para una aclaración de este uso, ver el estudio de Marina Martín “Borges and The Dialectics of Idealism”.

¹² Las coincidencias entre estos dos autores no son pocas. Igual de importantes, o acaso más, son los énfasis que los dos ponen en sus escritos. En todo caso, Isaacson, como buen lector, conoce bien la obra de Borges. En *Borges entre los nombres y el Nombre* (1987), desentraña los temas bíblicos y filosóficos que afloran en la obra de su compatriota, sacando a la luz importantes fuentes de inspiración. No menos ilustrativo es el juego intertextual y el intercambio de planteamientos en su poemario *Desde el mundo de Borges* (1994).

José Isaacson el avance prescinde de imposiciones en la medida que se despoja, como ilustra Wittgenstein en *On Certainty*, de creencias que suelen caer en peticiones de principio.¹³ Por ello, las veladas apelaciones al *cogito ergo sum*, que ofrece un texto como *Poemas del conocer*, no están exentas de ironía. Pero tampoco de reconocimiento. Un legado intertextual de debates filosóficos marca las páginas de esta obra, especialmente en el poema final, “Sobre la Incertidumbre”, con un título que bien puede ser un guiño de cortesía hacia Wittgenstein.

“Una mínima creencia / un punto de partida / quiero”, exclama la voz del poeta en “Sobre la Incertidumbre”, aludiendo con originalidad a la citada obra del filósofo austriaco, y a la propuesta cartesiana del *cogito ergo sum* como principio fundacional del racionalismo en Occidente. Si “todo punto de partida / es ilusorio” –según declara el poema inicial de *Poemas del conocer*, “La pregunta destruye el Jardín” –, ¿qué cabe, entonces, esperar? La certeza se desvanece, hecho sobre el que inciden los versos finales de esa obra, cerrando el círculo que enmarca todo el poemario: “Entre el tembladeral escéptico / y las ingenuas certidumbres, / voy empuñando palabras” (1984: 123). Pero hay más. Irónicamente, el escepticismo se sostiene sobre su propia destrucción; en el saber que no se sabe, en la perplejidad, en la certeza del sinsentido. Cabe citar aquí las palabras que, con inigualable tono poético, concluyen “Nueva refutación del tiempo”: Y sin embargo... “El tiempo es la sustancia de la que estoy hecho. El tiempo es un río que me arrebata, pero yo soy el río; es un tigre que me destruye, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume; pero yo soy el fuego” (1989: 149). Difícil es, realmente, ser ajeno a la intensidad de estas metáforas. Tampoco parece serlo Isaacson, pues construye su obra en el inquietante misterio de la paradoja:

Y es cierto: Mi contradicción
es mi coartada.
Quizá lo único
que me permite afirmarme
sobre la permanente movilidad
que me sostiene
y me destruye (123-125).

Vuelve el péndulo de nuevo al exilio, a la intemperie kafkiana, a la vana espera, postergada indefinidamente. Sin duda, Kafka y Buber son centrales a la hora de abordar la obra de este poeta. Sin duda, Aristóteles, Descartes, Maimónides, Spinoza, Hume y Wittgenstein dejan también su innegable huella. Son muchas realmente las alusiones, las afinidades y los encuentros en el texto isaacsoniano. Tampoco se excluye la voz de Antonio Machado, advirtiendo al caminante que “no hay camino,” e intuyendo –quizá con Spinoza también– que las vidas, más que caminos, son “estelas en la mar”.¹⁴ Se subraya una vez más la paradoja como entraña de la existencia, énfasis que Borges también hace suyo. Los espacios imposibles de Escher o los sorprendentes óleos de Magritte, mostrando lo irreal con impecable realismo, ilustran la condición humana que se retrata en la literatura. De hecho, no es extraño encontrar en la poética de José Isaacson, sobre todo en sus ensayos sobre Kafka, esta frecuente confesión: “las metas existen, lo que no existen son los caminos” (2005: 24). Intuir la realidad es, así, transformarla en las vacilaciones del arte, en rumbos que nos devuelven nuestra propia cara: “Mientras Don Quijote continúe cabalgando en Rocinante seguiré construyendo el mundo que me pertenece” (2000: 29).

La obra de Isaacson incide cíclicamente en un canto que parece ser, a la vez, pregunta y afirmación. La fuerza de Don Quijote reside, irónicamente, en su entrañable y espectacular fragilidad; en su cuerda locura: cuanto más imposible la meta, más tenaz el esfuerzo.

José Isaacson une aquí su mirada a la ironía inmersa en “Nueva refutación del tiempo”. La paradoja dibuja, según estas concepciones, el rostro de la humanidad. Incapaces tanto de asumir como

¹³ José Isaacson no oculta su admiración hacia Wittgenstein. De hecho, incorpora sutilmente referencias a este filósofo en el poema “Sobre la Incertidumbre”, con el que cierra su colección *Poemas del conocer*.

¹⁴ La cita pertenece al poema XXIX, uno de los más populares de A. Machado (2003: 223).

de renunciar a la búsqueda de un vestigio de verdad, los trazos del sinsentido perfilan una belleza trágica y misteriosa; belleza asentada en el abismo e ingenuidad de la pregunta.

Bibliografía

BÉCQUER, Gustavo Adolfo. *Rimas*. <<https://cvc.cervantes.es/obref/rimas/rimas/rima39.htm>>; (12-09-2019).

BERKELEY, George (1975): *A Treatise Concerning the Principles of Human Knowledge*. G. J. Warnock (ed.). London: Collins/Fontana.

BORGES, Jorge Luis (1989): “Nueva refutación del tiempo”, en *Obras completas*. Vol. 2 Barcelona: Emecé, pp. 135-149.

— (1989): “Epílogo”. *Otras inquisiciones*. Obras completas. III vols. Barcelona: Emecé.

BUBER, Martin (1923): *Ich und Du*. Leipzig: Insel-Verlag.

CURIA, Beatriz (2004): “Introducción”, en Beatriz Curia y Alicia Bermolen (eds.), *Poemas del conocer/Poèmes de la connaissance*. Trad. Paul Verdevoye. Buenos Aires: Corregidor, pp. XXI-XLVII.

ISAACSON, José:

Lírica

— (1952): *Las canciones de Ele-í*. Buenos Aires: Lautaro.

— (1956): *El metal y la voz*. Buenos Aires: Américalee.

— (1969): *El Pasajero*. Buenos Aires: Américalee.

— (1977): *Cuaderno Spinoza*. Buenos Aires: Marymar.

— (1994). *Desde el mundo de Borges*. William Shand (ed.) Buenos Aires: Marymar.

— (1996): *Plegarias*. Buenos Aires: Marymar.

— (1999): *Canciones*. Buenos Aires: El Francotirador.

— (2000): *Veinte poemas posmodernos y una canción deshilvanada*. Buenos Aires: Marymar,

— (2004): *Poemas del conocer. Poèmes de la connaissance*. Edición bilingüe. Trad. Paul Verdevoye. Ed. Beatriz Curia y Alicia Bermolen. Buenos Aires: Corregidor.

Ensayos

— (1969): *El poeta en la sociedad de masas*. Buenos Aires: Américalee.

— (1974): *Kafka, la imposibilidad como proyecto*. Buenos Aires: Plus Ultra.

— (1977): *Introducción a los “Diarios” de Kafka. La escritura como dialéctica de los límites.* Buenos Aires: Marymar.

— (1980): *La revolución de la persona.* Buenos Aires: Marymar.

— (1982): *Antropología literaria. Una estética de la persona.* Buenos Aires: Marymar.

— (1987): *Borges entre los nombres y el Nombre.* Buenos Aires: Fundación del libro.

— (2001): *Teoremas.* Buenos Aires: Corregidor.

— (2005): *La realidad metafísica de Franz Kafka.* Buenos Aires: Corregidor.

— (2004): *Filosofía, literatura y etcétera.* Buenos Aires: Corregidor.

— (2008): *Para una ontología de la industria cultural.* Buenos Aires: Corregidor.

KANT, Immanuel (1921): “Von dem Ideal des höchsten Guts”, en *Kritik der reinen Vernunft. Immanuel Kants Werke.* Band III. Berlin: Cassirer, pp. 540-549.

MACHADO, Antonio (2003): *Campos de Castilla.* Geoffrey Ribbans (ed.). Madrid: Cátedra.

MARTÍN, Marina (2012): *José Isaacson y la poética del encuentro.* Buenos Aires: Teseo.

— (2020): “Borges and The Dialectics of Idealism”, en Robin Fiddian (ed.), *Borges in Context.* Forthcoming: Cambridge: Cambridge University Press, pp. 158-165.

RUNNING, Thorpe (1999): *José Isaacson: poeta crítico.* Ed. Thorpe Running. Buenos Aires: Nuevohacer.